

porque hay seres que ríen cuando lloran
con la risa común de los que ignoran
que en llorar y reír se va la vida.

IV

Y cuando, en aquel día,
convirtiendo en historia la novela,
al altar de himeneo fué llamada
la gracia de la casa de su abuela,
¡ay! ¡cuál quedó anublada
aquella llama azul de su mirada!
¡Cómo llora y su madre la consuela!
Y ¡cómo, en fin, ya enjutas sus mejillas,
se mira en los espejos á hurtadillas,
y en ellos viendo de su boda el traje
se ríe con la risa de la aurora,
y abisma su mirada en resplandores,
mostrando pensativa y seductora
sus dientes y sus labios, maridaje
de las perlas casadas con las flores!

V

Ya va y viene Isabel, y baja y sube,
agitándose aérea y diligente
con una vaga ondulación de nube;
y aunque era á su belleza indiferente,
con natural gracejo
hoy aprende delante del espejo
á conocer lo hermoso de su frente;
y ora se juzga amada y ora amante,
y haciendo con el traje un ruido de alas,
circular como un duende por delante
de los grandes espejos de las salas;



y al verse retratada, la doncella
lleva por sí la admiración tan lejos,
que, á fuerza de mirarse en los espejos,
siente ya el goce de saber que es bella.

VI

Al volver de jazmines coronada
como una campesina desposada,
sintiendo accesos de calor y frío,
tiembla el alma en su boca seductora,
como tiembla á los rayos de la aurora
sobre una flor la gota de rocío.

Los ojos de Isabel, desconcertada,
tanto abre para ver, que no ve nada;
la estatua del asombro parecía,
y no pudiendo respirar apenas,
un no sé qué de eléctrico en sus venas
en generosa transfusión corría.

Aunque casi educada en un convento,
ya sentía en su noble pensamiento
algo más que ilusión y confianza,
ignorancia y candor, fe y esperanza;
pues al mirarse de su alcoba enfrente,
del abismo de amor dulce pendiente,
la sangre que á su rostro se arrebatara
la pone del color de la escarlata...

Mas ¡oh Dios del pudor! no tengáis miedo
que aquel resumen de la vida toda
con su deliquio y sus misterios cuente...

Yo quisiera contarlo, mas no puedo,
pues donde hay sueño virginal, ó boda,
según Góngora, un ángel sonriente
pone gentil sobre la boca un dedo.



LOS GRANDES PROBLEMAS

POEMA EN TRES CANTOS

Al ilustre polemista EL SR. D. SALVADOR LOPEZ GUIJARRO

CANTO PRIMERO. — EL IDILIO

I.

El cura del Pilar de la Oradada,
como todo lo da, no tiene nada.
Para él no hay más grandeza
que el amor que se tiene á la pobreza.
Careciendo de pan, con alegría
lleva paz de alquería en alquería;
y siendo indiferente
á la necia ambición de los honores,
se ocupa de los grandes solamente
cuando llama sus reinas á las flores.
Sin fámulo y vestido de sotana,
cuida una higuera y toca la campana.
Su alzacuello es de seda desteñida,
pardas las medias de algodón que lleva;
y en todo el magisterio de su vida
sólo ha estrenado una sotana nueva.
Da gracias cuando reza á un Dios tan bueno
que cría los rosales y el centeno,
y llama sus orgías á las cenas
en que prueba la miel de las colmenas.
Aunque él está de su pudor seguro,

ve á una mujer, y como pueda, escapa,
dispuesto desde joven, por ser puro,
á hacer el sacrificio de una capa.
Reparte á las chiquillas
las almendras que lleva en los bolsillos,
y les da un golpecito en las mejillas
más dulce que una almendra á los chiquillos.
Da á los pobres los higos de su higuera,
que nació, sin plantarla, en donde quiera;
y si al vérselos dar uno por uno
— ¿Qué guardas para tí? — le dice alguno,
responde, puesta en Dios su confianza,
como Alejandro el Grande: — ¡La esperanza! —
Así con tanto amor y pudor tanto,
el cura del Pilar de la Oradada
es, según viene la ocasión rodada,
ya eremita, ya cuáker, ya santo.

II

Está el pueblo fundado sobre un llano
más grande que la palma de la mano,
y á falta de vecinos y vecinas
circulan por las calles las gallinas.

Pueblo al cual, aunque corto, en mujerío
otro ninguno iguala;
de agua muy buena, si tuviese río,
de agua de pozo, á la verdad muy mala.
Pueblo feliz, que olvida el mundo entero;
que tiene ante la iglesia una plazuela,
iglesia que es más grande que la escuela,
y escuela que es más chica que un granero.

III

En este pueblo, en fin, y ante este cura,
que no puede beber más que agua pura,
la divina Teodora,
de rodillas postrada ante el anciano,
con un ramo de flores en la mano,
ramo cogido al despuntar la aurora,
mostrando al sonreirse, nacaradas,
en dos filas iguales,
todas sus perlas justas y cabales
en un coral prendidas y engarzadas;
inventando aquel día,
por no haberlos sufrido todavía,
mucho dolor y muchos desengaños,
antes de hacer su comunión primera,
confesándose está como si fuera
una gran pecadora á los diez años.

IV

Teodora, que es mujer desde la cuna
cual todas las mujeres,
despierta ya, y durmiendo todavía
á la luz misteriosa de una luna
que hace en su alma de sol de mediodía,
mira una inmensa flotación de seres,
sueños de sombra y sombras de unos sueños
opacos una vez y otras risueños.

Gracia infantil y gracia adolescente,
de niña y de mujer confusos lados,
ya ve en el porvenir desde el presente
el mundo real y el ideal mezclados.
Sumida en nieblas de color de rosa,
compuestas de verdad y de otra cosa,
mira, desvanecida,
llegar la realidad confusamente,
y á los diez años, como todas, siente
su inmersión en las brumas de la vida.

V

Mirando al confesor con inocencia,
cual si fuesen sus ojos unas puntas

que hundiesen del anciano en la conciencia,
fué haciéndole la niña unas preguntas,
como esta, por ejemplo,
capaz de hacer estremecer al templo:
— Vos ¿sabéis lo que es malo, señor cura?
— Yo de todo, hija mía, estoy al cabo, —
respondió el sacerdote con premura;
lo cual no era verdad, mas lo creía,
porque el breviario con afán leía
á la luz de un candil colgado á un clavo.

VI

Y del amor ya viendo lontananzas
con sus ojos tan llenos de esperanzas,
en su candor intrépido del todo
sigue ella preguntando de este modo:
— El dejarse besar ¿es malo ó bueno? —
De confusión y de sorpresa lleno,
se turbó el cura, como el hombre que antes
de haber cazado un pájaro, lo vende,
y sin poder cumplir lo prometido,
se queda, al fin, como el lector comprende,
el cazador corrido,
el comprador burlado,
y el pájaro vendido y no cazado.
Echó al cielo una olímpica mirada
buscando la respuesta en las estrellas,
mas como nada le dijeron ellas,
el cura del Pilar no dijo nada.

VII

Con misterio después ella se inclina
hacia el cura, que la oye fascinado,
y prosigue: — Me ha dicho mi madrina
que el que bese á mi primo es un pecado;
y mi primo ha jurado
que él me habrá de besar, pese á quien pese,
pues cree que á mí me gusta que me bese:
mas como oigo decir que se propasa,
escapándome de él, toda la casa
ayer y antes de ayer y todo el año
corrí desde la cueva hasta el granero;
siempre quiere él, señor, yo nunca quiero;
miradme bien, veréis que no os engaño. —
Y abriendo aquellos ojos tan brillantes
para enseñarle el alma á aquel levita,
echa al cura una ojeada inoportuna
aquella virgen, pero virgen de antes
que en la primer visita
el ángel le anunciase cosa alguna,

y le dejó corrido y colocado
del rubor en la cúspide suprema,
de un modo tal, que dijo colorado:
— ¡Primera confesión; primer problema! —

VIII

— Acúsome — la niña proseguía —
que soy inobediente y perezosa.
Acúsome, además, que el otro día,
con tristeza soñé que no era hermosa.
Me gusta más correr que ir á la escuela.
Sólo en la misa me entretiene el canto;
y escucho con más gusto una novela
que el trozo de la vida de algún santo.
Prometo, obedeciendo á mi madrina,
huir, si puedo, de él; pero os prevengo
que al mirar á mi primo, siempre tengo
la voluntad de parecer divina. —
Al ver salir el cura, atropellados,
con risa de bondad mal reprimida,
tan enormes pecados
de aquellos labios de carmín, untados
con la leche primera de la vida,
dice á la niña, de indulgencia lleno,
con singular ternura:
— No diré que eso es malo, mas no es bueno.
Más cordura, hija mía, más cordura.
Bien; adelante: vamos; adelante. —
Y por no hablar más claro, el pobre cura
jugaba con enigmas al volante;
y no queriendo darle con prudencia,
la más leve lección de adolescencia,
muy peligrosa en almas inocentes,
sólo después de estas ligeras riñas,
se atrevió á murmurar, aunque entre dientes:
— Son el diablo estos ángeles de niñas. —

IX

Y como todo viejo, y más si es cura,
de todo niño es natural abuelo,
con más amor que religioso celo,
le dijo á aquella hermosa criatura:
— Ten calma, estudia, y á tu madre imita,
y entrarás sin rodeos en la gloria;
reza una salve, toma agua bendita,
y cómete esta almendra en mi memoria. —
y después que la niña se confiesa,
la mano al señor cura
en la actitud de un oficiante besa;
se levanta gentil, con la soltura
de un querubín que hacia los cielos pesa,

X

Después supo el obispo de Orihuella,
por cierta confesión de cierta abuela,
de puro religiosa, condenada,
que, faltando á los cánones sagrados,
castiga con almendras los pecados
el cura del Pilar de la Oradada.

CANTO SEGUNDO. — LA EGLOGA

I

Fué creciendo, creciendo,
y pasaron diez años; y Teodora
cuanto en gracia inocente iba perdiendo,
lo iba ganando en gracia pensadora.
La antigua pecadora,
que veinte años cuenta hoy exactamente,
tiene pupilas de horizontes llenas;
voluptuoso reir en casta frente;
y deja ver su cutis transparente
cómo corre la sangre por sus venas.
Con gusto encantador por lo sencillo,
con flores todo el año en sus cabellos,
arrollándolos bien, forma con ellos
detrás de la cabeza un canastillo.

II

— Decidme, mi querido señor cura, —
decía confesándose Teodora,
— ¿no es una gran locura
que esté tan decidida
á que me case ahora
la pobre madre á quien debí la vida?
¿No es un gran desatino
casar con otro á quien tan sólo piensa
en... ya sabéis, mi primo, aquel marino
que tiene el alma, como el mar, inmensa? —
Mientras la escucha atento
— Es muy común — el cura se decía
entre burlas y veras —
que todas las muchachas costaneras
dediquen de un marino al pensamiento
veinticuatro horas largas cada día.